



Canción a Calatrava.

Sobre el rocín de mi imaginación
yo llegué caballero ante tus puertas...;
la luz de las llanuras en mis ojos...
En mi mente el recuerdo de las ventas.

En mi cuerpo el cansancio
de caminos reales y veredas;
llena el alma de anhelos
como el cielo de estrellas.
El espíritu firme y soñador.

La fantasía suelta,

de mi beso para tu noble frente
paloma mensajera...

Así llegué trovando mis romances,
Calatrava, a tus puertas.

Las del alba serían,
cuando pisé tu plaza ya desierta;
mas en la paz de aquel amanecer
yo escuchaba como el cantar de gesta
que entonaban tus Freires
al partir a la guerra,
pues por aquellas ruinas
su espíritu de azor aún vivo queda.

Llena de majestad

y hermosa en tu tristeza

—Quijote por Manchego—

yo te creí mi bella Dulcinea,
por monstruos y gigantes encantada
en cadenas y rigidez de piedra...

Pero no siendo hidalgo de locuras,
sino hidalgo de letras,
te contemplé extasiado
con sueños de poeta.

Y a tí llegué como rapsoda amante
buscando versos para mis poemas;
esos versos divinos
que, florilegio de tu gloria añeja,
los ingenios dejaron
tallados en tus piedras:
esas piedras que son canción y vuelo,
romances de belleza,
poema de tu historia,
recuerdos de grandezas,
heráldica que adorna tus arcadas
y oración que murmura por tu iglesia
de siglos y pesares
desmayada y deshecha.

Yo en el alma te llevo

como bella infantina prisionera,
como canción que guarda
mi lira entre sus cuerdas,
como un dulce recuerdo
que en mi ideario tiembla.

Contemplando tus ruinas,
te he soñado la brava fortaleza
—como el alma de España—
fuerte y hermosa, mística y austera.

Yo he soñado con bravos Caballeros
de Habito blanco con la Cruz bermeja,
corderos en la paz,
leones en la guerra.

Yo soñé con batallas,
con cantos y epopeyas,
con el decir del pueblo calatravo
que al correr de los tiempos es leyenda,
con tus Santos varones
muriéndose de amor en pobre celda,
con artistas que llevan en su mente
la luz y fiebre de lo bello presas,
con maestros, guerreros,
trovadores y ascetas...,
con todo aquello que pasó ya ha siglos,
mas su recuerdo queda
—como un girón de espíritu—
colgando de tus piedras.
...Y al soñar tu pasado,
escribía mi pluma sus poemas.

* * *

Sobre el rocín de mi imaginación
yo llegué caballero ante tus puertas;
la luz de las llanuras en mis ojos,
de llanuras manchegas
que me hicieron Quijote,
que me hicieron poeta.
Y al volverme a mis campos daimieleños
—ya la tarde traspuesta—
te llevaba en el alma
como bella infantina prisionera,
como canción que duerme
mi lira entre sus cuerdas,
como un dulce recuerdo
que en mi ideario tiembla.
Sobre el rocín de mi imaginación
me llevé los poemas de tus piedras...,
¡Quijote por Manchego,
y artista por poeta!

Alberto M. de Bernardo